

En memoria de Andrea Camilleri



• *Tanto éxito tuvieron sus novelas que fueron llevadas a la televisión italiana en forma de serie. Una serie que, según afirman los obituarios, se ha mantenido al aire por veinte años.*

Me entero por los periódicos de que el novelista siciliano Andrea Camilleri ha muerto a los 93 años. Nacido en 1925 en Porto Empedocle, en la provincia de Agrigento, Camilleri escribió la exitosa saga de novelas protagonizada por el comisario Salvo Montalbano. Tanto éxito tuvieron sus novelas que fueron llevadas a la televisión italiana en forma de serie. Una serie que, según afirman los obituarios, se ha mantenido al aire por veinte años.

El protagonista de casi todas las novelas de Camilleri es Salvo Montalbano, un comisario de policía que aprovecha cualquier ocasión para criticar los guiones de Hollywood que gastan más balas que neuronas, o los libros policíacos de saldo que contienen demasiados cadáveres y poca literatura. Se trata de un ferviente lector de Borges, de Sciascia, de Shakespeare, que es capaz de silbar de memoria la Octava Sinfonía de Schubert... Como el propio Camilleri dijo muchas veces, Montalbano se apellida así en homenaje a otro autor: Manuel Vázquez Montalbán. No es raro que en más de una ocasión el comisario aparezca en las novelas “leyendo a un escritor barcelonés que lo intriga enormemente”.

En el momento en que comenzó a contar las historias de Montalbano, Camilleri había trabajado durante cuarenta años como guionista de televisión y como director de teatro. Había adaptado para la pantalla las novelas de Georges Simenon. Además conocía la vida en Sicilia y era un especialista en literatura y arte dramático, es decir, estaba más que preparado para narrar, con mucho sentido del humor, la vida de un comisario a quien no le importa pasar por encima de la ley para resolver un problema.

La tarea no era sencilla: Montalbano habría de desenvolverse en Vigatà, imaginaria población de la ficticia provincia de Montelusa, en Sicilia. Un territorio en disputa entre dos familias de la mafia: los Cuffaro y los Sinagra. El saldo de esa rivalidad es una escalada de muertes que llegan a ser parte de la cotidianidad de la región. Así, en *El primer caso de Montalbano* (Salamandra, 2006) vemos a

un recién nombrado comisario incapaz de echar a andar los mecanismos de procuración de justicia. Rebasado por las circunstancias y por la corrupción que priva entre funcionarios y elementos de los cuerpos policíacos, entiende que debe imponer sus propias reglas.

Esta situación se agrava en *La forma del agua* (Salamandra, 2003). Como el resto de las novelas de Camilleri, deja en claro que la verdad y la justicia suelen correr por caminos distintos. A lo largo del libro el narrador nos ofrece diferentes explicaciones acerca de la muerte de un poderoso hombre de negocios que fallece en circunstancias tan bochornosas como enigmáticas. Tal como el agua toma la forma del envase que la contiene, los enigmas se amoldan a la hipótesis que en su momento aparece como la mejor. Sin embargo, cada nuevo indicio modifica el escenario y la versión vigente se derrumba ante el peso de otra más compleja. Al terminar la novela es inevitable preguntarse ¿hemos llegado a la última explicación o estamos en uno más de los rizos de la espiral?

En *El perro de terracota* (Salamandra, 2003) hay otro salto: la vida y sus misterios rebasan a las incógnitas meramente policíacas. El enigma de este libro tiene que ver con el descubrimiento de una cueva que esconde un arsenal clandestino. En un doble fondo se hallan los cadáveres de una pareja de adolescentes, y es evidente que llevan décadas allí. Hay misterio, sí, pero jurídicamente ya no tiene sentido rastrear al criminal. Es más, ni siquiera se sabe si se trata de un crimen. Así, Camilleri se aleja de la novela policíaca al estilo Conan Doyle, pues el investigador no es un virtuoso de la lógica y del razonamiento. Montalbano es inteligente, pero no es Sherlock Holmes: hay momentos en que las pesquisas avanzan sólo empujadas por el azar o por una sombra de intuición. Si Montalbano impone sus propias reglas, Camilleri también. Y el resultado es que las historias dejan de ser meros rompecabezas para adquirir la estatura de la literatura más entrañable, universal. Descanse en paz, Andrea Camilleri.